

Con algunas otras reservas, este docto volumen, sobrio en la forma y denso en la materia, prestará gratos e importantes servicios a los que en su estudio procuran no distanciar lo viejo de lo nuevo, y difundir la ciencia filosófica cristiana.

(*La Civiltà Catolica*, Roma, 1918, vol. 4, 16 de noviembre, pág. 337).

---

## EL COLEGIO DEL ROSARIO

*Para mis nuevos condiscipulos*

El año de 1917 marca para el Colegio del Rosario el principio de una recia jornada, intensamente vivida por superiores y estudiantes.

¡Cuántas dolorosas expectativas, cuántos y cuán crueles momentos de angustiosas ansiedades precedieron al espléndido, letífico alborar de 1919!

Vimos, los que entonces éramos ya algo así como *pedazos de las entrañas del Colegio*, caer los muros seculares rendidos a las fuerzas superiores de su misma madre tierra. Vimos cómo los techos que quince días antes nos abrigan con su generosidad castellana se pultaban en su caída las sombras de los héroes, las sombras que nuestras fantasías habían contemplado en las noches de luna vagando por las anchas galerías del Colegio. Todo decía ruinas. Hasta en los mismos labios de bronce de la estatua de Fray Cristóbal creíamos adivinar un misterioso movimiento de dolor.

¿Cuándo podría reconstruirse el claustro? ¿Cuándo volveríamos a ver levantada la inmensa fábrica? Ningún mortal lo sabía. El Colegio no tenía dineros suficientes para acometer una empresa de tanta magnitud. El erario público estaba casi exhausto. Los legisladores se empeñaban entonces en conjurar una crisis fiscal que

estaba dando al traste con la regularidad de los servicios nacionales. Y en la posibilidad de que aquella situación se prolongara indefinidamente, pasaron muchos días angustiosos durante los cuales nuestro afecto al Colegio se iba acendrando en el crisol purísimo de ese intenso, común sufrimiento.

Cuando así crecía la tristeza, cuando así luchaba la desesperanza con los cristianos sentimientos de todos, vino un nuevo, infausto suceso a conmover los cimientos espirituales de nuestra casa. Corrió por toda la capital de la República la noticia de la muerte de una santa anciana, de una ilustre descendiente de patricios, de una reliquia de la Santafé que ya se acaba, de una madre ejemplar que respondió en vida a un nombre que por sí solo evocaba las ideas de virtud, dulzura, santidad: doña Emilia Ortega de Carrasquilla.

Herido así nuestro Rector en sus dos más caros afectos, hubiera desfallecido a no ser tan bien templada su voluntad. Ya en otras ocasiones de dura prueba había mostrado lo que puede el íntimo consorcio del amor y la energía. Ahora iba a renovar con disciplinada actividad el milagro de tamaña reintegración.

No desmayar ante los primeros reveses, destruir obstáculos, dominar contrariedades, luchar, vencer, hé ahí la tarea que se impuso nuestro Rector. Aún quedaba, para fortuna de todos, en la capilla un punto blanco. Hacia allá se volvieron sus miradas suplicantes.

Los hijos del Colegio lucharon en las cámaras contra inexplicables prejuicios, contra odiosidades infundadas, contra rivalidades casi pueriles. El Rector se dirigió al cuerpo soberano en documentos altísimos, dignos de figurar entre las mejores piezas del distinguido académico. Y como feliz resultado de esa labor, la nación acudió a cumplir las obligaciones que para con el glorioso instituto tenía contraídas.

Como en un vértigo vimos cómo volvía a levantarse el edificio. ¡Y qué elegancia, y qué esplendidez en la reconstrucción! Ya no era ese segundo piso colonial que abrigaba tantas y tan deliciosas leyendas, pero que disonaba horriblemente en estos tiempos de luz, de aire, de higiene. No. Lo que contemplaban con amor nuestros ojos era la realización misma de la voluntad de Fray Cristóbal: un edificio alto, severo, majestuoso, digno de seguir soportando por muchos años el peso de su historia.

Hoy sabemos, por una pluma maestra, la del doctor Jenaro Jiménez, cooperador diligentísimo en la obra del Rector, que ya quedó definitivamente terminada la ornamentación del claustro. El genial artista Acevedo Bernal pintó en el vestíbulo de la escalera una alegoría del Colegio, y en el comedor reprodujo la escena que otro artista genial, don Guillermo Valencia, había reconstruido con su pluma adamantina: la cena de Emmaús. ¡Y qué bien está ese cuadro en el refectorio de un colegio «ordenado de primera instancia a la veneración divina» y destinado no a formar, mas a albergar caballeros!

¡Oh viejo y siempre nuevo Colegio del Rosario, solar de los próceres, alcázar de la filosofía tomista en Colombia, sólido asiento de la sabiduría cristiana, semillero de mártires, fuente purísima de honestos y letrados varones, de magistrados rectos y de guerreros epónimos, cofre de tradiciones rancias y preciosas, hijo esclarecido de la España conquistadora, cuna a su turno de instituciones democráticas, yo te saludo alborozado en esta aurora de tu nueva existencia!

Medellín, enero de 1919.

EDUARDO ZULETA ANGEL  
Colegial de Número del

Rosario

4

Archivo  
Histórico